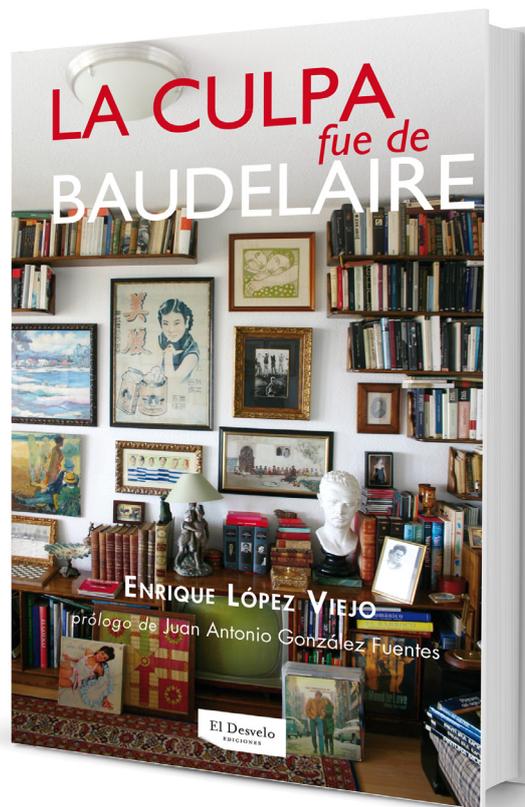


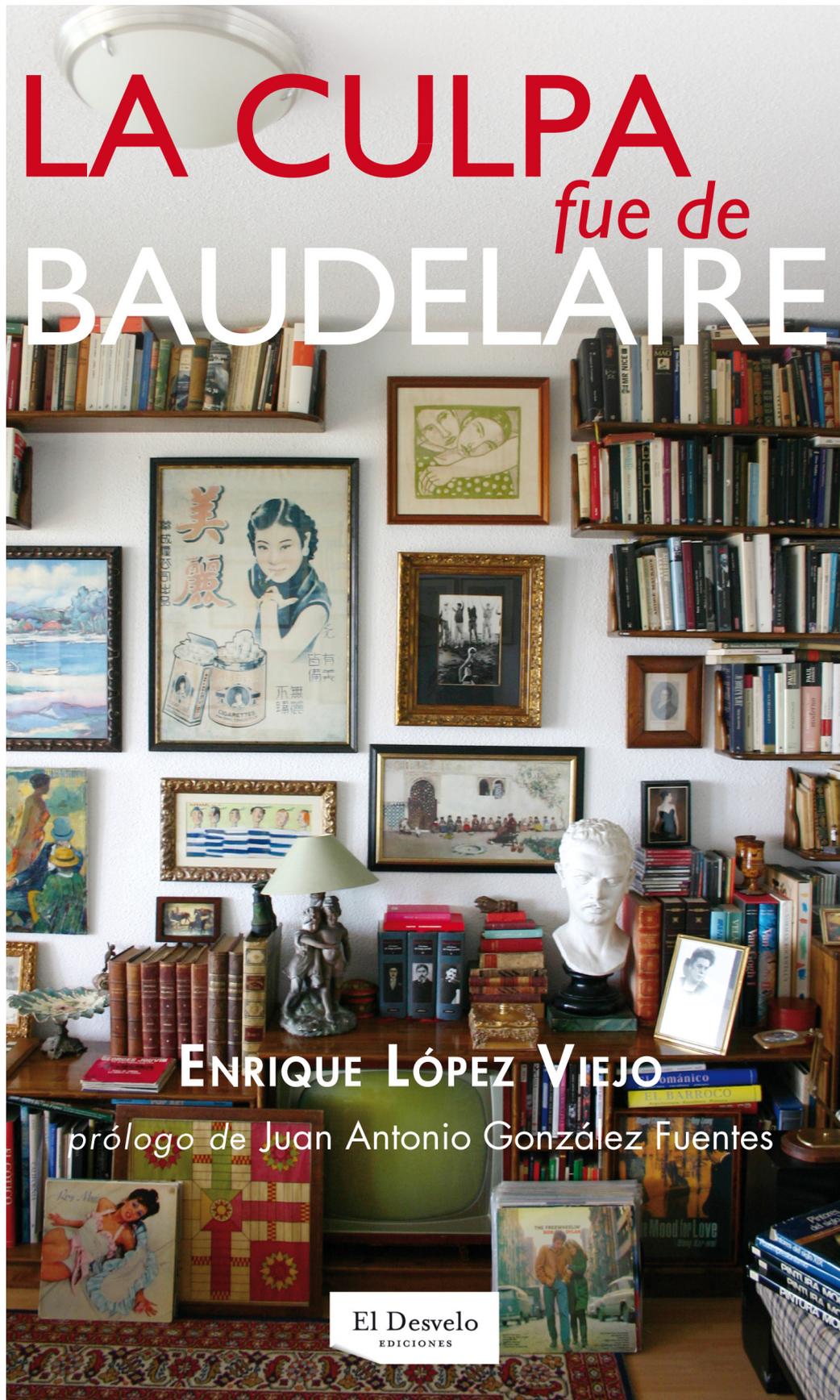
La culpa fue de Baudelaire | **Enrique López Viejo**

La culpa fue de Baudelaire Enrique López Viejo
ISBN:978-84-942688-3-0 Madrid, 1958
IBIC: BM, BGA, 3JKJ Obra anterior:
Extensión: 208 páginas La vida crápula de Maurice Sachs,
PVP: 18 euros Pierre Dreu La Rochelle,
Distribuye: UDL Libros Tres rusos muy rusos,
(www.udllibros.com) Francisco Iturrino, memoria y semblanza
Presentación: Santander, 15 diciembre



ENRIQUE LÓPEZ VIEJO (Valladolid, 1958), autor de espléndidas biografías como las de Pierre Drieu La Rochelle y Maurice Sachs, vive ahora retirado en la isla de Mallorca, dedicado a escribir y recordar. Con sus recuerdos de juventud ha dado forma ahora a un libro fresco e intenso en el que retrata una juventud que vivió en primera persona, la que se hizo adulta en plena Transición y que hubo de pasar por una Transición espiritual propia bajo la mano, luego repudiada, del pensamiento bohemio de un maldito, Baudelaire. *En La culpa fue de Baudelaire*, López Viejo habla de sus experiencias con las drogas, las mujeres y la amistad... pero sobre todo de la vida y del ansia de libertad.

La culpa fue de Baudelaire | **De qué se trata**



LA CULPA FUE DE BAUDELAIRE es la quinta obra de Enrique López Viejo en la que, a diferencia de sus entregas anteriores, el escritor vallisoletano se convierte en personaje de sí mismo, al que ausculta sin piedad. Tras sus biografías sobre los aristócratas ácratas rusos o personajes como Drieu La Rochelle, Maurice Sachs y Francisco Iturrino, López Viejo vuelve con el personaje que mejor conoce, él mismo, y narra con fluidez y pasión sus años jóvenes, aquellos que le llevaron desde su origen en el seno de la burguesía vallisoletana a vivir el cambio político y social de la Transición en diversos escenarios. Hay numerosas publicaciones que retratan este fascinante período de la Historia española pero pocas que lo hagan desde la intrahistoria y en primera persona, dado que muchos de estos protagonistas anónimos desaparecieron víctimas de las drogas o por otras razones. De este modo, las memorias de juventud de Enrique López Viejo narran cómo fue la Transición pegada a tierra: mujeres, universidad, drogas... y Baudelaire, a quien el autor atribuye su querencia por *il dolce far niente*, los *paraísos artificiales* y el vértigo hacia el abismo que amenazó con llevar su vida a la ruina. Superviviente de su propia filosofía existencial, López Viejo lo cuenta ahora con la lucidez, no exenta de nostalgia, que produce el desencanto. La obra, que cuenta con un prólogo de Juan Antonio González Fuentes y un epílogo de Luis de León Barga, ha sido publicada dentro de la colección *Altoparlante*, dedicada a la no ficción y la memorialística, como es el caso. Será presentada por su autor en en el Ateneo de Santander el 15 de diciembre, iniciando de este modo un periplo por diversas ciudades españolas.



Nacido en Valladolid (1958), en el seno de una familia burguesa, Enrique López Viejo es licenciado en Geografía e Historia, por la universidad de su ciudad natal. Tras un breve paso por la docencia, emprendió negocios diurnos y nocturnos, retirándose hace una década de toda actividad que no fuera literaria. Suyos son los libros *Tres rusos muy rusos*, sobre la ajetreada vida de Herzen, Bakunin y Kropotkin, *Pierre Drieu La Rochelle*, magnífico retrato del polémico escritor francés, el no menos espléndido libro *La vida crápula de Maurice Sachs*, otro oscuro, pero no menos fascinante personaje de la Europa de la primera mitad del siglo XX, así como la biografía de Francisco Iturrino. Enrique López Viejo actualmente reside en Mallorca.

La culpa fue de Baudelaire | Sinopsis

La culpa fue de Baudelaire' retrata la infancia, adolescencia y primera juventud de Enrique López Viejo, desde el hogar familiar en una Valladolid imbuida de religiosidad y Barroco, hasta la Barcelona de la Transición y primeros años de la década de los 80. Entre *Los 400 golpes* y *Al final de la escapada*, López Viejo retrata con sabiduría y fina ironía no solo sus años mozos sino una época en la que muchos de sus conocidos y amigos vivieron y murieron rodeados de excesos de todo tipos. En ese breve lapso de tiempo, que media entre el salón del hogar y el nuevo rumbo a su vida que imprime en Mallorca es de lo que trata este libro, estructurado en ocho capítulos y un colofón. Se abre en Valladolid, en la vivienda familiar en donde reinan las mujeres y los primeros colegios a los que acude. Como bachiller tiene ya decidido vivir como dios de bien sin dar un palo al agua. Sorprendentemente lo consigue y aprueba las asignaturas. Bajo el influjo de Baudelaire, entra en la universidad en donde se abren ante él dos mundos que explora con fruición: las mujeres y los estupefacientes. Con aventuras como su detención en Marruecos o su vida en Barcelona, a caballo entre las clases en la montaña y una casa abierta a los más peculiares visitantes, vive López Viejo el postfranquismo. *La culpa fue de Baudelaire* va de música, de ismos, de estética y ética *beat*, de lecturas y escepticismos, va de los sinsabores que producen la pérdida de amigos y seres queridos, un bagaje existencial que el autor adquirió con sus veintipocos años. López Viejo es un hombre ya rodado entonces y aquí acaba la historia. Lo que vino después es materia de otro libro.



Extractos

Hay algunas frases que no sabes si son tuyas o de otros, citas que recogiste y olvidaste apuntar el autor de la misma.

Ésta que tengo en un cuaderno junto a mí me gusta, creía que era de Chateaubriand, de sus *Memorias de ultratumba*, obra,

autor y personaje que me enamoran. Pero

me dice mi buen

amigo JU, profesor

de Derecho Político

en la Universidad

de Zaragoza, que

estoy confundido,

que él también

había deparado

en estas frases en

la lectura de los

famosos ensayos

del francés Montaigne, maestro

de todos, y que son de éste y

no de aquel. Dice Miguel de

Montaigne: «quiero que se me

vea en mi forma simple, natural y ordinaria, sin

contención ni artificio, pues yo soy el objeto

de mi libro», una declaración de intenciones

que rubrico en este capítulo en el que estoy

contando algunos sucesos vividos, en el que

me confieso sincero. Nadie necesita leer estas

cosas y yo ni siquiera escribirlas. Pero es una

manera de entretenerse y pasar el tiempo. A mí

el tiempo me sobra en parte, no tengo grandes

obligaciones ni quehaceres, aunque no quiero

dejar que pase sin mi intervención. Lo cierto es

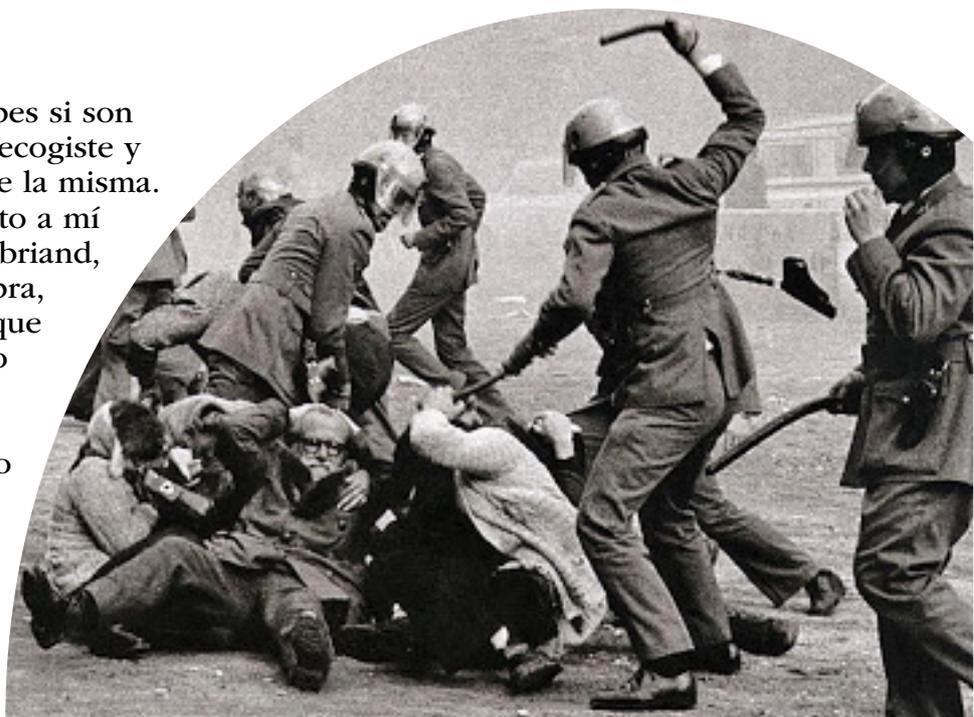
que a pesar de los pesares, no quiero sufrir el

tictac del reloj y sí mantener «la impaciencia del

corazón», un buen título de Stefan Zweig. ¿Una

soportable levedad? Una insoportable levedad.

Otro título bellísimo.



Página 78

«Quiero que se me vea en mi forma simple, natural y ordinaria, sin contención ni artificio, pues yo soy el objeto de mi libro»

Con la inmersión en la bohemia, cada vez fue menor mi preocupación por estos asuntos. Los diletantes, los que carecemos de vocación definida, nos gustan muchas cosas, pero nada demasiado, nada nos gusta intensamente, nada nos conmueve a entregarnos a ello. De igual forma como ocurre en los estu-

dios, lo tenemos difícil para encontrar interés en los hombres, las cosas o los hechos. Aunque de natural seamos sociales y generalmente bienhechores, también surge el sentimiento contrario, el afán de marginalidad. Igualmente, solemos carecer de una ideología social y política definida. Alguien dijo con mucha gracia que no tenía ideología, pero tenía una gran biblioteca, y que cuando se tiene una gran biblioteca es imposible tener una ideología. Ser diletante es andar entre distintos amores, vagar entre múltiples intereses, ser un promiscuo sensible. Esta multitud de amores, su vaga dispersión, no nos suele llevar a adquirir importantes conocimientos. Es una pena.

Página 100

«Cuando se tiene una gran biblioteca es imposible tener una ideología»

En alguna ocasión tomamos estramonio, algo más que horrible, cosa de brujas asquerosas, y también los hongos y semillas sudamericanas que, en ocasiones, acompañaban a los ácidos que venían de Ámsterdam y de sabe Dios dónde. Un mundo, el de los alucinógenos, que nunca me gustó y que cada semana trastornaba a alguno. Fueron muchos los que destruyeron su cabeza con su consumo, los confundidos suicidas que se tiraron al tren, los que se quedaron majaras perdidos. Más tarde, tendría una novia destrozada por un solo ácido ingerido. Mi desafectación de los alucinógenos me resulta fácil explicarla. Es simple: me gusta más la realidad que la ficción. Y la química clandestina siempre me ha dado miedo. Me gustan más los laboratorios y las batas blancas por muy sucias que puedan estar, que los aquelarres, los conjuros con escobas o con esos duendes que solo me invitan a darles una patada.

Página 104

«Baudelaire nos presentó a románticos y decadentes, los venenos, los bebedizos y los amores salvajes. Pernicioso Charles»

Un abordaje al mundo de la droga que muchos remataron con el bordado de brazos envenenados por la heroína en el final de los setenta y luego, en el inicio de los ochenta, con la mierda de la cocaína. Ciertamente, fueron tiempos surrealistas, no éramos conscientes, éramos absolutamente inconscientes, de lo que estábamos haciendo, de sus consecuencias, no sabíamos un lema epicúreo fundamental, que *el mayor placer no es el más intenso, sino el más sostenible*. Nosotros fuimos engañados por los insidiosos Baudelaire, sus secuaces y herederos, fuimos unos idiotas redomados, lástima no haber leído antes a Epicuro.

Digo que la culpa de todo la tuvo Baudelaire, y ello es bien cierto. La culpa de buena parte de lo que sucedió después, fue por la grandísima influencia del poeta francés, modelo que nos buscamos los letra-heridos cursis, inoculados por su veneno. Fue por su culpa, por su grandísima culpa. Baudelaire nos presentó a románticos y decadentes, los venenos, los bebedizos y los amores salvajes. Pernicioso Charles.

Página 147

”

Enrique López Viejo rememora en estas páginas crudas y peculiares al López Viejo que dejó de existir hace ya muchos años, y también los escenarios y decorados que sirvieron como telón de fondo a sus idas y venidas. El autor, además de haberse entretenido con la escritura,

desea que el recorrido por esa vida suya no se pierda de toda memoria y, a ser posible, que su relato al menos permanezca en el recuerdo de algunos amigos. Aunque puestos a pedir, tampoco le importaría que estas páginas sirvan de entretenimiento y de aprovechable documento histórico a partir de ahora mismo. Pero lo singular y valioso de la propuesta de López Viejo no radica en su propósito (a todas luces ajustado a la más convencional ley del deseo de permanencia), sino en su resultado y en los mimbres con los que el memoria-

lista partió para alcanzar su objetivo. Me explico.

En *La culpa fue de Baudelaire* López Viejo cuenta los primeros veintipocos años de su existencia, un recorrido vital en el que a la mayoría de las personas no le da tiempo a realizar nada «memorable», o dicho de otra manera, nada digno de quedar registrado en las páginas de un libro. Esos veintipocos años principalmente transcurrieron en una grisácea y levítica capital de provincia y en el seno de una digna familia de clase media durante los años finales del franquismo y la casi totalidad de nuestra Transición a la democracia.



A lo largo de su vida López Viejo ha sido un tipo de oficios varios, revelándose en la madurez como autor de estupendas biografías, pero no es un escritor que goce del prestigio y el reconocimiento público de los consagrados. Tampoco obtuvo notoriedad en ninguno de los dos principales campos de acción que se abrieron a los de su edad en aquella época: la política alternativa o de oposición antifranquista y la contracultura en cualquiera de las muchas formas que entonces adoptó. En resumidas cuentas, López Viejo no encaja en el perfil que mayoritariamente ofrecen los miembros de su generación que hasta ahora han plasmado en libro, desde la relevancia política o contracultural, la atmósfera de aquella época. Y a mi juicio aquí reside uno de los principales valores de estas memorias: en ellas se cuenta la vida cotidiana, anhelos y querencias de un sensible y espabilado universitario de provincias durante los estertores del franquismo y la llegada de la democracia a España. Y se hace desde una perspectiva novedosa, muy poco presente en la bibliografía al uso. ¿Qué perspectiva? No desde luego la de quien a toda costa deseaba participar en los nuevos tiempos políticos o en la creciente vida cultural «progre» y «alternativa». Y sí la de quien aspiraba a la vida bohemia y a ser un diletante; la de quien buscaba lo sublime desde el escepticismo más absoluto; la de quien pretendía no aburrirse ni un minuto y conocer mundo, aunque siempre desde una cierta marginalidad; la de quien prefería no hacer mañana lo que se pudiera dejar para pasado mañana; la de quien se inclinaba por lo libertino y no por lo libertario; la de un esnob con tendencias dandi; la de quien no estaba dotado ni para la disciplina ni para la frugalidad y sí para la tentación y el hedonismo; la de quien prefería el Barroco y la sutileza sensible del Rococó a cualquier expresión de la Modernidad o la vanguardia; la de quien estaba mucho más interesado en unas faldas que en las fraternidades anticapitalistas; la de quien entonces anhelaba ser beat, pues todo lo beat era una amalgama indefinida de contestación al orden establecido.

OTROS TÍTULOS



El Legado del Barón

1. *B*, Alberto Santamaría
2. *Lola Dinamita*, Rebeca Le Rumeur
3. *Los que duermen juntos*, Autores Varios
4. *La partida*, Rax Rinnekangas
5. *Un fracaso ineludible y otros relatos*, José Ramón San Juan
6. *Manual para embaucadores (o para aquellos que pretendan serlo)*,
Walter Serner
7. *El perseguido*, Daniel Guebel
8. *Un poco de paz*, Kepa Murua
9. *Más cerca que cerca*, Jari Ehrnrooth
10. *El devorador íntimo*, Eduardo Gruber
11. *Elevación*, Henri Barbusse
12. *Rojo perla*, Jesús Pardo
13. *Mujeres que caminan sobre hielo*, Gloria Ruiz
14. *Disjecta membra*, Alberto Hontoria Maceín



Última Thule

1. *Cosas que solo suceden cuando a ti te pasan*, Javier Fernández Rubio
2. *Cuaderno de Saï Gòn*, Pablo Escribano Ibáñez
3. *Contraataque*, Siegfried Sassoon
4. *Cadenas de búsqueda*, Javier Moreno
5. *Seis desnudos*, Pedro Tellería



Malentendido

1. *La educación de las hijas*, Mary Wollstonecraft
2. *Olivier o el secreto*, Claire de Duras



Altoparlante

1. *El mundo que sentí cercano*, Jesús Cabezón



Postcards

1. *El infierno del bibliófilo/El infierno del músico*,
Charles Asselineau
2. *La Fanfarlo/El joven hechicero*, Charles Baudelaire
3. *Bibliomanía y otras obras de juventud*, Gustave Flaubert



1. *Rax Rinnekangas. Fabricando ladrillos de luz para la casa de Ícaro*,
Javier Fernández y Mada Martínez
2. *La querella oculta. Jeff Wall y la crítica de la neovanguardia*,
Víctor del Río

El Desvelo
EDICIONES

34